

YO ESTOY POR LO POSITIVO.

DESDE que Eva habló con la serpiente, y el paraíso no lo vieron ya los hombres sino en las obras poéticas; opinaba yo que desde entonces si uno quería placeres debiera mas bien buscarlos en su imaginación, que en este mundo, valle de lágrimas. Y también conocía muy prudente el no querer sensaciones muy fuertes ni acelerarse nunca para llegar al colmo de los que allá cualquiera se figura placeres.

Conforme siempre con este parecer concurría yo, como medio mejor de distraerme, á una reunión donde nada mas se percibía que lo amable del trato, la suavidad de los caracteres, la música, la belleza y la cultura de sociedad, y sin otras excitaciones, el alma allí se espaciaba, lo olvidaba todo y en aquellos momentos gustaba el placer.

Cabalmente una de las noches en que la concurrencia era mas numerosa, y entre tantos ojos bulliciosos y espresivos como allí había, entre tanto semblante alegre y encendido, y entre el sinnúmero de galantes que anhelaban asiento al lado de alguna belleza que avivara su imaginación; descubrí un jóven con adusto ceño, semblante descolorido y mirada débil, y que retirado á un rincón y revolviéndose una y mil veces en su silla, demostraba grande incomodidad. Por el momento pensé yo seria algun desdichado que no pudiera desechar la memoria de su infortunio. No llamé aquello en mucho mi atención.

Mas alguna circunstancia propia de tales casos, y que facilmente se olvida, me colocó á su lado, y empezó á contagiarme su mal humor. A pocos instantes, y sin saber como ni por qué; se me escapó decirle: no piense V. en eso; los días mejóran y al fin todo pasa. —En nada pienso, me respondió; no es mas sino que estoy fastidiado. —Anímese V.; tome parte en el movimiento: no faltará alguna que pudiera, con solo una mirada, darle á V. que pensar para toda su vida. —No me divierte; yo estoy por lo positivo. —¿Y donde está eso? —No tardaré mucho en encontrarlo.

Esta respuesta tan decisiva me hizo callar, no fuera á concebir alguna idea desventajosa de mí; pero él siguió hablándome de lo insulso y pueril de cuanto allí pasaba, y de lo necio que era divertirse con tales frivolidades. De pronto se despidió, y yo quedé sin saber que opinar.

Por último se disolvió la reunión, y se me fué aquella idea, para nunca mas recordarla; si á la mañana siguiente no me lo hubiese encontrado que subía una calle con paso de hom-

bre de poco que hacer. Y no pude menos que preguntarle. ¿Por fin se divirtió V. anoche?

—Sí, me respondió con aire de importancia; pude hallar á mis amigos que estaban jugando; y por cierto que perdí una cantidad de alguna consideración. —Y ahora para distraer la mala suerte espera V. alguna belleza que asome por cualquiera de estos balcones! —¿Qué bobería! yo estoy por lo positivo. —Es verdad! —Si quiere V. divertirse, esta noche tenemos una buena. Vendrá V. con nosotros. —Perfectamente: no faltaré. Nos despedimos y ya no pensaba yo sino en gozar el convite.

Por fin llegó la hora convenida, encontré á mi nuevo amigo y nos dirigimos al lugar de lo positivo. Por el camino me indicó que un jóven, marido de una vieja rica, para hacer mas llevadera su insoportable coyunda, costeara la subsistencia y atabó de la Señora á quien debia presentarme; pero que esto no daba cuidado, pues que los celos de la vieja no permitian á su consorte salir á la calle en ciertas horas, y esta circunstancia daba ocasion á que... Yo exclamé contra el marido, y con voz enérgica me contestó, *ese hombre estuvo por lo positivo.*

En esto tocamos á una casa de aspecto decente, y pronto estuvimos en un gabinete amueblado con bastante gusto y sencillez. Una jóven erguida y desenvuelta, de tez morena y muelles ojos, ocupaba un elegante sofá, animando con sus palabras alagüeñas y espresivas miradas á dos ó tres compañeros de mi amigo, y muy especialmente al que estaba á su lado.

No tardaron mucho en ir llegando los demás á quienes seguramente se esperaba. Empezó el movimiento, los gestos de inteligencia, las indirectas, los secretos, y todos se animaban y entendían, y habia tantos para tantas, y yo únicamente era número impar é ignoraba cual seria mi papel. Por de pronto mi amigo tuvo la prudencia de hacerme algo mas llevadero aquel estado, contándome las circunstancias de todas las que amenizaban la reunión.

La una me dijo era muger de uno de tantos emigrados; la otra casada con un viejo, aunque rico, impertinente, la cual acompañaba á la que tiene al lado, muchacha muy joven y soltera, pero hija de una viuda aficionada á galanteos, que la dejaba ir á casa de su amiga, por quitar estorbos... Al oír esto hice un gesto que indicó desaprobación, y él insistió diciéndome, que todos allí estaban por lo positivo, y que la otra que estaba á mi derecha era esposa de un empleado. Yo la observé inquieta y pensativa: me